Madrid, 2013. ISSN: 1134-2277

Coeditado por: Asociación de Historia Contemporánea y Marcial Pons Historia

ayer

La Gran Guerra de los intelectuales: España en Europa

La Primera Guerra Mundial fue vivida intensamente en España, a pesar de la posición neutral mantenida oficialmente ante el conflicto. La articulación de dos campos opuestos, el aliadófilo y el germanófilo, se produjo en estrecha relación con los debates europeos y contribuyó a una renovación de las culturas políticas apreciable en décadas posteriores. Los estudios aquí reunidos exploran este proceso a través de las posiciones intelectuales surgidas durante aquellos años.

91

Revista de Historia Contemporánea

2013 (3)

AYER está reconocida con el *sello de calidad* de la Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología (FECYT) y recogida e indexada en Thomson-Reuters Web of Science (ISI: Arts and Humanities Citation Index, Current Contents/ Arts and Humanities, Social Sciences Citation Index, Journal Citation Reports/Social Sciences Edition y Current Contents/Social and Behavioral Sciences), *Scopus, Historical Abstracts, Periodical Index Online, Ulrichs, ISOC, DICE, RESH, IN-RECH, Dialnet, MIAR, CARHUS PLUS+ y Latindex*

Calidad de Revistas Científicas Españolas
FECYT | FUNDACIÓN ESPAÑOLA PARA LA CIENCIA Y LA TECNOLOGÍA | 2012

arce | ASOCIACIÓN DE REVISTAS CULTURALES DE ESPAÑA

Esta revista es miembro de ARCE

© Asociación de Historia Contemporánea
Marcial Pons, Ediciones de Historia, S. A.

ISBN: 978-84-92820-99-3
ISSN: 1134-2277
Depósito legal: M. 1.149-1991

Diseño de la cubierta: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

Impresión: Closas-Orcoyen, S. L.
Polígono Igarsa. Paracuellos de Jarama (Madrid)

SUMARIO

DOSIER

LA GRAN GUERRA DE LOS INTELECTUALES: ESPAÑA EN EUROPA

Maximiliano Fuentes Codera, *ed.*

Presentación, Maximiliano Fuentes Codera 13-31
Los intelectuales franceses y la Gran Guerra. Las nuevas formas del compromiso, Christophe Prochasson 33-62
Germanófilos y neutralistas: proyectos tradicionalistas y regeneracionistas para España (1914-1918), Maximiliano Fuentes Codera 63-92
Los intelectuales italianos en la Gran Guerra: intervencionismo, patriotismo, neutralismo (1914-1918), Patrizia Dogliani 93-120
La nueva generación: de neutrales a antigermanófilos pasando por aliadófilos, Santos Juliá 121-144

ESTUDIOS

Cirujano de Hierro. La construcción carismática del general Primo de Rivera, Alejandro Quiroga Fernández de Soto 147-168
El «caso Grimau»: propaganda y contrapropaganda del régimen franquista en Italia (1962-1964), Javier Muñoz Soro 169-193
Movimientos católicos, ciudadanía y construcción de enclaves democráticos en la provincia de Albacete durante el franquismo final, Óscar Martín García y Damián González Madrid 195-218

Generaciones políticas en la masonería española (1900-1931), Luis P. Martín 219-237

ENSAYOS BIBLIOGRÁFICOS

Miradas y debates sobre la violencia franquista, Ángela Cenarro 241-253

HOY

Las revoluciones árabes y el fin de la era poscolonial, Gema Martín Muñoz 257-271

ESTUDIOS

Ayer 91/2013 (3): 169-193 ISSN: 1134-2277

*El «caso Grimau»: propaganda y contrapropaganda del régimen franquista en Italia (1962-1964)**

Javier Muñoz Soro
Universidad Complutense de Madrid

Resumen: La ejecución del dirigente comunista Julián Grimau en 1963 provocó protestas en todo el mundo contra la dictadura de Franco que ésta trató de contrarrestar a través de la acción diplomática y la contrapropaganda. Italia se convirtió en el principal escenario de una campaña exterior de propaganda debido a la presencia del Vaticano y los gobiernos democristianos. El régimen español contaba con importantes apoyos entre la clase política y el clero italiano, pero el «caso Grimau» acabó teniendo graves efectos por la movilización política, sindical e intelectual de la izquierda y, especialmente, por la división de la opinión pública católica.

Palabras clave: franquismo, Grimau, Italia, catolicismo, propaganda.

Abstract: The execution of the communist leader Julian Grimau in 1963 provoked worldwide protests against the dictatorship of Franco that the latter tried to counter through diplomatic action and counter-propaganda. On account of the Vatican and the series of Christian-Democrat governments, Italy became the main theatre of a campaign of propaganda. Although the Franco regime had strong support among the political class and the Catholic hierarchy, the «Grimau case» was to provoke a reaction not only because it mobilised the labour movement and the political and intellectual left, but especially because of the resulting divisions it caused in Catholic public opinion.

Keywords: Franco regime, Grimau, Italy, catholicism, propaganda.

---

* Trabajo realizado en el marco del proyecto HUM 2007/63118 del Ministerio de Ciencia e Innovación.

Recibido: 01-04-2012 Aceptado: 14-09-2012

Introducción

Desde los primeros estudios sobre la política exterior del régimen de Franco, publicados apenas muerto el dictador, resultó evidente que el objetivo fundamental, al que se subordinaban todos los demás, era su supervivencia y permanencia en el poder[1]. Desde entonces, numerosos estudios han avanzado en la explicación de los complejos mecanismos de una diplomacia supeditada a ese objetivo último, que si, por un lado, tuvo que afrontar el déficit de legitimidad internacional que la dictadura franquista arrostraba desde el final de la Segunda Guerra Mundial, por otro, supo aprovechar el nuevo clima de la guerra fría para hacer de su anticomunismo y de su catolicismo los dos ejes de su acción exterior[2].

En gran medida esas relaciones internacionales estuvieron guiadas por la *realpolitik,* como tendremos ocasión de ver más adelante, utilizando para ello los amplios recursos a disposición de un Estado y una economía que entró en una fase de intenso crecimiento durante los años sesenta. Pero el franquismo nunca renunció a la defensa de unos valores que consideraba tan legítimos como operativos, a pesar de que sus principales aliados, tanto Estados Unidos como Europa occidental, tenían sistemas democráticos y parlamentarios. Por eso recurrió a una diplomacia cultural de fuerte impronta ideológica que buscó, y a menudo encontró, el apoyo de fuerzas políticas conservadoras y de sectores de la opinión pública

[1] Fernando Morán, «Prólogo», en José Mario Armero: *La política exterior de Franco,* Barcelona, Planeta, 1978, p. 13.

[2] Juan Carlos Pereira: «La Guerra Fría y su proyección sobre la política exterior del primer franquismo», en Salvador Foner Muñoz: *Coyuntura internacional y política española: (1898-2004),* Madrid, Biblioteca Nueva, 2010, pp. 117-140. Véanse sobre el tema Manuel Espadas Burgos: *Franquismo y política exterior,* Madrid, Rialp, 1987; Florentino Portero y Rosa Pardo: «La política exterior», en Raymond Carr (ed.): *La época de Franco (1939-1975),* Madrid, Espasa-Calpe, 1996, pp. 193-299; Montserrat Huguet: «La política exterior del franquismo: 1939-1975», en Juan Carlos Pereira (coord.): *La política exterior de España (1800-2003): historia, condicionantes y escenarios,* Barcelona, Ariel, 2003, pp. 495-516; Juan Carlos Pereira: «Franquismo, política exterior y memoria histórica», *Historia contemporánea,* 30(1) (2005) pp. 7-22; Encarna Lemus y Rosa Pardo (eds.): *La política exterior al final del franquismo, Historia del Presente,* 6-2 (2005), y Julio Gil Pecharromán: *La política exterior del franquismo (1939-1975): entre Hendaya y El Aaiún,* Barcelona, Flor del Viento, 2008.

que veían en la España de Franco un dique a la expansión de las ideas comunistas, un bastión de la civilización cristiana o un modelo de desarrollo que garantizaba el orden social, en contraste con las situaciones de sus respectivos países[3]. En esa estrategia fue importante la atracción de intelectuales y la propaganda internacional, a través de publicaciones propias o de la financiación indirecta de otras ya existentes. Dos vías en las que resultó decisiva la acción de los católicos franquistas, especialmente desde 1945, gracias a sus numerosos contactos internacionales[4].

Las relaciones con la Santa Sede fueron prioritarias para la dictadura, que tuvo en ellas su principal agente de legitimación ante la opinión pública mundial[5]. Pío XII vio en el régimen franquista un modelo de Estado católico que las circunstancias históricas hacían imposible en la Italia posfascista, e incluso después de su muerte una parte importante del clero vaticano, en particular el llamado «partido romano», siguió considerándolo no sólo legítimo, sino plenamente vigente[6]. Aparte del dato geográfico, el intervencionismo del Vaticano en la política interior italiana de la segunda posguerra fue uno de los motivos por los que Italia se convirtió en uno de los

---

[3] Lorenzo Delgado: *Imperio de papel: acción cultural y política exterior durante el primer franquismo,* Madrid, CSIC, 1992, e íd.: «El régimen franquista y Europa: el papel de las relaciones culturales, 1945-1975», en Javier Tusell, Juan Avilés y Rosa Pardo (eds.): *La política exterior de España en el siglo xx,* Madrid, UNED, 1997, pp. 415-440.

[4] Javier Tusell: *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957,* Madrid, Alianza Editorial, 1984. Sobre la actividad internacional de Acción Católica y la Asociación Nacional de Propagandistas (ACNP), véase Glicerio Sánchez Recio (ed.): *La Internacional católica. Pax Romana en la política europea de posguerra,* Madrid, Biblioteca Nueva-Universidad de Alicante, 2005. Para las relaciones internacionales del grupo de intelectuales del Opus Dei, véase Onésimo Díaz: *Rafael Calvo Serer y el grupo Arbor,* Valencia, PUV, 2008.

[5] Pablo Martín de Santa Olalla: *De la Victoria al Concordato. Las relaciones Iglesia-Estado durante el «primer franquismo» (1939-1953),* Barcelona, Laertes, 2003, y José Antonio Rodríguez Nieto: «Las relaciones España-Santa Sede: del tardofranquismo a la democracia», en Charles T. Powell y Juan Carlos Jiménez Redondo (coords.): *Del autoritarismo a la democracia: estudios de política exterior,* Madrid, Sílex, 2007, pp. 171-190.

[6] Pietro Scoppola: *La proposta politica di De Gasperi,* Bolonia, Il Mulino, 1988, y Andrea Riccardi: *Il partito romano,* Brescia, Morcelliana, 1983, con el filofranquista cardenal Ottaviani como uno de sus exponentes. Aun así, Pío XII rechazó la sugerencia de Franco de intentar posponer las elecciones italianas de 1948, según Ennio Di Nolfo: *Vaticano e Stati Uniti, 1939-1952. Dalle carte di Myron C. Taylor,* Milán, Angeli, 1978, p. 563.

escenarios estratégicos de la diplomacia española[7]. Hubo otros motivos que se sumaban a la contribución decisiva que Mussolini había dado al triunfo de las armas franquistas, entre los cuales deben destacarse el intenso desarrollo de la economía trasalpina a partir de los años cincuenta, con crecientes intereses en España y, sobre todo, el papel protagonista desempeñado por Italia en la construcción europea durante los años sesenta[8].

Precisamente la creación de la Comunidad Económica Europea (CEE) por los Tratados de Roma de 1957 planteó el mayor desafío a la política exterior de la dictadura, no sólo por sus importantes consecuencias económicas, dado que más de la mitad de los intercambios comerciales españoles se realizaban con las naciones fundadoras, sino por el cuestionamiento de su legitimidad política, especialmente cuando la llamada «doctrina Birkelbach» explicitó los requisitos democráticos para la integración[9]. La solicitud española de apertura de negociaciones con la CEE en febrero de 1962 supuso además una oportunidad favorable para los nuevos movimientos de oposición a la dictadura[10]. El encuentro entre parte de la oposición interior y el exilio en la reunión europeísta de Múnich de ese mismo año sería una señal del renovado impulso de la protesta antifranquista, que encontró en Italia, en la fuerza de su Partido Comunista y en el dinamismo de su intelectualidad de izquierdas, pero también en sectores católicos cada vez más amplios, un sólido apoyo[11].

Contra ese desafío el franquismo utilizó las potentes armas a su disposición, las que le daba su control sobre una nación en desarrollo e importante mercado para la CEE, sin renunciar a propagar sus principios políticos e ideológicos a través de la propaganda exterior, los intercambios culturales y el apoyo de intelectuales con-

---

[7] Sandro Magister: *La politica vaticana e l'Italia, 1943-1978,* Roma, Editori Riuniti, 1979, pp. 132 y 148.

[8] Un panorama general en Paul Ginsborg: *Storia d'Italia, 1943-1996. Famiglia, società, Stato,* Turín, Einaudi, 1998.

[9] Víctor Fernández Soriano: «Las Comunidades Europeas frente al franquismo: problemas políticos suscitados por la solicitud española de negociaciones de 1962», *Cuadernos de Historia Contemporánea,* 32 (2010), pp. 153-174.

[10] Véase José M. Zaratiegui: *Una Europa para dos España. Primeros pasos hacia la integración (1957-1963),* Pamplona, Eunsa, 2010.

[11] Joaquín Satrústegui (dir.): *Cuando la transición se hizo posible. El «Contubernio de Múnich»,* Madrid, Tecnos, 1993. También Abdón Mateos: *Historia del antifranquismo. Historia, interpretación y uso del pasado,* Barcelona, Flor del Viento, 2011, pp. 207-214.

servadores europeos mediante la creación de asociaciones como el Centro Europeo de Documentación e Información (CEDI)[12]. Sin embargo, su política represiva, simbolizada por el fusilamiento del dirigente comunista Julián Grimau en abril de 1963, tuvo un enorme coste internacional y le alienó buena parte de esos apoyos en el mundo católico, a su vez dividido por las fuertes tensiones derivadas del Concilio Vaticano II.

Anticomunismo, legitimidad y propaganda

1962 se inició con la perspectiva de una relativa distensión en la guerra fría[13], pero el régimen franquista siguió legitimándose ante el mundo en su lucha contra el comunismo, contra la Unión Soviética y sus satélites, o como ideología «en su expansión despótica y anticristiana»[14]. La España de Franco, «Centinela de Occidente», se erigía en el último bastión de Europa, según escribía el periodista monárquico Giovanni Artieri en el diario *Il Popolo,* órgano oficial de la Democracia Cristiana (DC) italiana: «In un'Europa minacciata di invasione dall'Oriente, Madrid appare come la cittadella della difesa e della riscossa. L'ultima casa della libertà»[15].

De los comunistas se destacaba ante todo su eficaz propaganda, algo por otra parte comprensible cuando cualquier manifestación contra el régimen español se consideraba orquestada, utilizada o manipulada por ellos. El embajador de España ante la República Italiana, Alfredo Sánchez Bella, insistía en esa idea ante el ministro de Información y Turismo, Manuel Fraga Iribarne, a propósito de la película *Morir en Madrid,* una demostración más del «volumen

[12] Sobre el CEDI y sobre el tema en general, véanse Antonio Moreno Juste: *Franquismo y construcción europea,* Madrid, Tecnos, 1998, y María Elena Callavaro: *Los orígenes de la integración de España en Europa. Desde el franquismo hasta los años de la transición,* Sílex, Madrid, 2009.

[13] Wilfried Loth (ed.): *Europe, Cold War and coexistence, 1953-1965,* Londres-Portland, Frank Cass, 2004, pp. 105-203. También, Federico Romero: *Storia della guerra fredda: l'ultimo conflitto per l'Europa,* Turín, Einaudi, 2009, o Melvyn P. Leffler y Odd Arne Westad (eds.): *The Cambridge history of the Cold War,* vol. 2, Cambridge-NuevaYork, CUP, 2010.

[14] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 16 de mayo de 1963, Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid (AMAE), R. 29.812.

[15] «La guerra di Spagna trent'anni dopo. Per chi suonava nel 1936 la campana della libertà?», *Il Popolo,* 7 de mayo de 1965.

y alcance de la maniobra comunista para orientar a la opinión pública mundial», y de cómo «resulta evidentemente impresionante la destreza con que el comunismo maneja estas armas para la creación de una opinión pública entre las masas»[16]. En otra carta entre los mismos interlocutores citaba a Suzanne Labin —politóloga francesa y militante socialista conocida en esos años por su activismo anticomunista—[17] para explicar «el secreto del triunfo de la Unión Soviética en el Mundo de la posguerra» gracias al uso de la propaganda, porque «las palabras son los "obuses" del siglo XX. Un gran periódico vale más que diez portaviones. El cine, la televisión, hacen más que diez escuadrillas» y, en fin, «el Ministerio de Información es tan importante como el de la Guerra»[18].

La dialéctica schmittiana amigo-enemigo estaba en la base de esa mentalidad, de manera que cualquier crítica contra el régimen se percibía como inspirada por los comunistas, por quienes hacían su juego o por «el clásico "compañero de viaje" que los comunistas siempre saben utilizar tan sabiamente»[19]. Una de las tareas de España era, desde esa perspectiva, hacer comprender a sus aliados que «todo país debe llegar a considerarse a sí mismo en situación semejante a la de una fortaleza sitiada por un enemigo altamente temible»[20]. Esa psicosis de cerco enlazaba con una percepción conspirativa sobre el contubernio judeomasónico y la «leyenda negra» contra España[21]. Hasta la prensa «amiga», como el diario romano *Il Tempo,* confiaba hasta el último momento en la conmutación de la pena a Grimau porque «nessuno pensa che con una fu-

[16] A. Sánchez Bella a M. Fraga Iribarne, Roma, 18 de diciembre de 1963, AMAE, R. 29.801.

[17] Autora, entre otros libros, de *Stalin, el Terrible,* Buenos Aires, Huarpes, 1947, y *The Technique of Soviet Propaganda,* Nueva York, The Vanguard Press, 1955.

[18] A. Sánchez Bella a M. Fraga Iribarne, Roma, 6 de enero de 1964, AMAE, R. 29.802.

[19] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 30 de agosto de 1963, AMAE, R. 29.801.

[20] J. M. Doussinague a Marcelino Oreja, Roma, 5 de septiembre de 1962, AMAE, R. 29.801.

[21] Javier DOMÍNGUEZ: *El enemigo judeo-masónico en la propaganda franquista (1936-1945),* Madrid, Marcial Pons, 2009, y Antonio MORENO JUSTE: «La permanencia de la imagen tradicional de España en Europa occidental tras la Segunda Guerra Mundial», en Javier TUSELL, Juan AVILÉS y Rosa PARDO (eds.): *La política exterior...,* pp. 367-378. También Leon POLIAKOV: *La causalidad diabólica. Ensayo sobre el origen de las persecuciones,* Barcelona, Muchnik, 1982.

cilazione il regime voglia offrire alla "leggenda nera" un moderno caso Francisco Ferrer»[22].

El marqués de Santa Cruz, embajador en Londres, se quejaba a su ministro de haber «consumido varios años de mi vida en señalar actitudes hostiles, e incluso villanías, de la prensa inglesa en relación con España»[23], mientras que Sánchez Bella escribía en mayo de 1963 a Fraga Iribarne: «Ya ves que estamos muy divertidos, salimos casi a campaña diaria»[24]. A un año de distancia recordaba los momentos vividos en la embajada tras la ejecución de Grimau en términos de «mentalidad de asedio y de enfrentamiento a los ataques enemigos»[25]. No debe extrañar, por tanto, que el embajador español ante la Santa Sede, José María Doussinague, interpretara las noticias que llegaban a la embajada en el marco cognitivo de un «plan para reanudar la guerra civil» y un aviso de los peligros que acechaban en el futuro, pues «lo hecho hasta ahora por nuestros adversarios hay que considerarlo como apenas una iniciación de su gran Plan sedicioso»[26]. Una mentalidad con la que los historiadores deben contar a la hora de interpretar la política exterior del franquismo.

La diplomacia de la memoria

Como vemos, el régimen franquista concebía la política exterior como una batalla de propaganda librada contra sus enemigos, derrotados en 1939, pero que no habían admitido su derrota y continuaban su lucha organizando campañas contra el régimen. De modo que eran ellos los culpables de que la guerra no hubiera concluido definitivamente y persistieran las heridas, pues sólo ellos se negaban a aceptar lo que era ya un acontecimiento irreversible, el

[22] Angelo Leschiutta: «Grimau, condannato a morte sarebbe oggi graziato da Franco», *Il Tempo,* 19 de abril de 1963.

[23] Marqués de Santa Cruz a F. M. Castiella, Londres, 7 de junio de 1961, AMAE, R. 8.607.

[24] A. Sánchez Bella a M. Fraga, Roma, 14 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

[25] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 22 de abril de 1964, AMAE, R. 29.802.

[26] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 4 y 19 de julio de 1962 y 2 de septiembre de 1963, AMAE, R. 29.801 y 29.812.

punto de partida de una nueva era de paz, orden y desarrollo. El periodista falangista Emilio Romero lo explicaba así al público italiano: los vencidos y exiliados no habían cejado en el asedio a España, evitando su ingreso en la OTAN y el Mercado Común pese a la paz y las grandes realizaciones de un país que evolucionaba hacia el futuro reformando su sistema hacia formas más representativas, hacia un «autoritarismo democrático», mientras otras naciones europeas, como la Francia de De Gaulle, caminaban hacia una «democracia autoritaria»[27]. No por ello, sin embargo, el discurso franquista dejó de estar plagado de referencias a la Guerra Civil como hecho legitimador de su causa.

Precisamente el recuerdo de los miles de sacerdotes y seglares católicos asesinados en la zona republicana durante la Guerra Civil se convirtió en un argumento fundamental en la estrategia del Ministerio de Asuntos Exteriores español y sus embajadas en Roma para enfrentarse al tan creciente como preocupante cuestionamiento de la legitimidad del régimen franquista por parte de un sector de la opinión pública católica. Para combatirlo, el Ministerio remitió a Italia varios miles de ejemplares de la *Historia de la persecución religiosa en España,* del sacerdote Antonio Montero, recién publicada por la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC). Como escribía el ministro Castiella:

> «No necesito señalarte que este libro puede ser una pieza fundamental para nuestra dialéctica y una mina de argumentos para airear en nuestro favor a los débiles de memoria, que tan fácilmente han olvidado lo que fue la Guerra Civil. Estimo que bien vale la pena hacer un esfuerzo para que obtenga la máxima difusión en los ambientes en que nos interesen»[28].

Es significativo que el libro hubiera sido muy mal acogido en los ambientes más franquistas y clericales españoles por considerarlo frío, distante en su pretensión de objetividad y renuncia al discurso de la «Cruzada», al mismo tiempo que su autor, entonces director de *Ecclesia,* atraía las iras de esos sectores por sus veleidades conci-

[27] Emilio Romero: «Né vinti né vincitori nel domani della Spagna», *Il Popolo,* 7 de mayo de 1965.

[28] F. M. Castiella a J. M. Doussinague, Madrid, 26 de abril de 1961, AMAE, R. 29.801.

liares[29]. Pero ese mismo tono relativamente neutral lo hacía más útil para la propaganda en el extranjero y, como pedía el ministro, el libro fue enviado a miles de párrocos, sacerdotes y obispos, periodistas y políticos católicos italianos para que no olvidaran de dónde venía el régimen franquista.

Se mandó, por ejemplo, a *L'Avvenire d'Italia,* el más importante periódico católico italiano, después de que publicara una reseña literaria de *I Vinti* y de *La frontera di Dio,* traducciones al italiano de los respectivos libros del comunista Antonio Ferres y del cura renovador José Luis Martín Descalzo. Dicha reseña provocó las iras de las autoridades españolas al considerarla un «desmelenado ataque no sólo contra el Régimen, sino también contra el bando nacionalista en la Guerra Civil, llegando a calificar de verdugos a los vencedores y de víctimas a los del bando rojo»[30]. La embajada presentó una nota verbal de protesta a la Secretaría de Estado de Su Santidad, acompañada del libro de Montero y la recopilación *Pío XII a los españoles,* preparada por el Ministerio de Información y Turismo.

El libro de Montero también se incluyó entre el material proporcionado a la prensa más cercana al neofascista Movimiento Social Italiano (MSI), como *Il Secolo d'Italia, Il Borghese* o *Il Tempo,* junto a otros relacionados con la «barbarie roja», aunque en ocasiones se consideró oportuno no presentar todo ese material directamente, sino «en temas artísticos o cuestiones de actualidad», por ejemplo la restauración de un monumento[31]. En abril de 1962 tanto el diario vaticano, *L'Osservatore Romano,* como *Il Popolo* publicaron un artículo contra la acusaciones del periódico comunista *L'Unità* sobre la corresponsabilidad de la Iglesia en la Guerra Civil española, citando la obra de Montero:

---

[29] Sánchez Bella escribía al director de *Arriba,* Rodrigo Royo, el 24 de marzo de 1961 que «ese curita Montero es un tipo de cuidado que hay que procurar desmontar de la dirección de *Eclesia* [*sic*]», en Pablo H. Iglesias de Ussel: *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969. Proyectos, conflictos y luchas por el poder,* Madrid, CEPC, 2006, p. 243. Y a Castiella el 11 de julio de 1963 que los sacerdotes Antonio Montero, José María Javierre y José Luis Martín Descalzo estaban en Roma «alborotando y hasta escandalizando con su posición de abierta oposición a nuestro Régimen»; AMAE, R. 29.801. Véase también Francisco Espinosa: *Contra el olvido. Historia y memoria de la Guerra Civil,* Barcelona, Crítica, 2006, p. 147.

[30] «Asunto: Reclamación contra el periódico *L'Avvenire d'Italia,* de Bolonia», J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 2 de marzo de 1963, AMAE, R. 7220.

[31] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, 23 de octubre de 1963, AMAE, R. 29.812.

«La storia del martirologio negli anni 1936-1939 della Chiesa in Spagna, è scritta a caratteri di sangue e fuoco, di carità e di santità. É un mistero di supremi olocausti, di sublimi fedeltà, di inenarrabili sofferenze, che solo alla luce del soprannaturale può chiarirsi e illuminarsi»[32].

En noviembre aparecieron varias entregas en *Il Secolo d'Italia* sobre «la persecución religiosa en España en la época del Frente Popular», firmadas por Umberto Simini, cuyos «datos e información gráfica le fueron proporcionados por la Oficina de Prensa de esta Embajada»[33].

Fue entonces, con la detención en Madrid de Julián Grimau, cuando esa argumentación cobró más importancia para tratar de atajar lo que el embajador ante la Santa Sede interpretaba como «el éxito de la difusión de consignas comunistas entre católicos», llegando a suscitar, incluso «entre sacerdotes, simpatías por los verdugos de tantos obispos, religiosos, religiosas, clérigos y seminaristas que fueron asesinados en la persecución religiosa más grande que se conoce, la que tuvo lugar en España durante la República y la Guerra Civil»[34]. Por ejemplo, la solicitud de clemencia realizada por Giorgio La Pira —alcalde de Florencia, exponente del ala más progresista de la DC y «bestia negra» de la diplomacia española— fue contestada por el obispo de Pescia, monseñor Dino Romoli, recordándole que Grimau era «fautore di quella rivouzione che fece migliaia di vittime tra vescovi, sacerdoti, suore e comuni fedeli», en lugar de alzar su voz «in difesa della memoria di queste vittime e di tante altre, innumerevoli, che il comunismo ha fatto e continua a fare oltre cortine»[35]. El escándalo por la ejecución de Grimau no haría sino confirmar la división del mundo católico, por más que las autoridades franquistas lo interpretaran como una campaña de origen comunista y creyeran al principio que en ese combate po-

[32] *Il Popolo,* 19 de abril de 1962.

[33] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, 26 de abril de 1962 y 19 de noviembre de 1962, AMAE, R. 6726. Simini, miembro del Comité Central del PCI hasta 1956, había publicado en 1961 un extenso artículo sobre «las atrocidades cometidas por Togliatti durante la Cruzada española», del que se hizo amplio eco la prensa española, por ejemplo el *ABC* (19 de noviembre de 1961, p. 87).

[34] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 2 de septiembre de 1963, AMAE, R. 29.812.

[35] Carta de 27 de abril de 1963, AMAE, R. 29.812.

dían contar con el apoyo de la curia vaticana e incluso del propio pontífice[36].

Ante la disyuntiva de la unidad católica

La división de los católicos fue, durante esos años del Concilio, el tema que más preocupó al régimen franquista, que veía justamente en ella una amenaza a las bases de su legitimidad, las confirmadas por el Concordato de 1953. La diplomacia española en Roma había sido parcialmente renovada —con el paso de Doussinague a la Santa Sede y su sustitución en la embajada ante la República Italiana por el católico «propagandista» Sánchez Bella— tras el cambio de gobierno de 1962, provocado precisamente por el deterioro de la imagen exterior de la dictadura[37]. Los dos embajadores tuvieron que moverse en el complejo escenario de la política italiana de aquellos años, en particular respecto al histórico giro que suponía la política democristiana de «apertura a la izquierda» con la finalidad de crear un nuevo marco constitucional que integrara a los socialistas en el gobierno y situara a los comunistas como gran partido de la oposición.

Aquel giro fue el resultado de dos procesos paralelos. Uno fue el cambio de actitud de la Iglesia a la hipótesis de acercamiento a los socialistas, después de bloquearla desde 1959 hasta 1961, cuando Juan XXIII comenzó a reconsiderar su posición no sólo respecto a la *«apertura a sinistra»,* sino también a la renuncia a intervenir directamente en la política italiana[38]. La diplomacia española siguió apostando por los sectores opuestos a dicha política, en particular el cardenal Tardini y el ya mencionado «partido romano», con los notoriamente profranquistas Ottaviani y Antoniutti[39]. La colaboración de los cardenales Angelo Dell'Acqua, sustituto para los Asuntos Ordinarios Eclesiásticos, y Antonio Samoré, secretario de

[36] Según Doussinague, el pontífice le habría manifestado su convencimiento sobre el «origen comunista de esta campaña», en carta a Castiella, Roma, 2 de septiembre de 1963, AMAE, R. 29.812.

[37] Rosa Pardo: «La etapa Castiella y el final del Régimen, 1957-1975», en Javier Tusell, Juan Avilés y Rosa Pardo (eds.): *La política exterior...,* pp. 341-370.

[38] Paul Ginsborg: *Storia d'Italia...,* p. 312.

[39] Pietro Scoppola: *La repubblica dei partiti. Evoluzione e crisi di un sistema politico, 1945-1996,* Bolonia, Il Mulino, 1997, pp. 246-247.

Asuntos Extraordinarios, no era tan incondicional, pero resultó importante para abrir las puertas de la Secretaría de Estado, institución clave de la política vaticana. Así, la legación española obtuvo de Dell'Acqua la promesa de que intercedería personalmente ante el director de *L'Osservatore Romano* para que cambiara el tono de la información sobre el «caso Grimau». Sin embargo, la creciente influencia del cardenal Montini, principal valedor de la elite dirigente democristiana, y su elección como papa en junio de 1963 supondrían un revés para las expectativas del régimen franquista.

El otro proceso se desarrolló en el interior de los partidos, tanto la DC como el Partido Socialista Italiano (PSI). Las embajadas españolas en Roma apoyaron a los sectores democristianos opuestos a la política de Aldo Moro, que en 1962 formó su primer gobierno gracias a la abstención de los socialistas. A su vez, dirigentes de esos sectores, como Mario Scelba o Giulio Andreotti, a quien las fuentes de la embajada calificaban como «el miembro del Gobierno más favorable a España»[40], hicieron valer los planteamientos españoles tanto en el gobierno como en el Parlamento, alcanzando algunos importantes acuerdos de cooperación en departamentos ministeriales como los de Industria y Defensa[41]. También contaron con el apoyo de Amintore Fanfani, viejo conocido de los católicos franquistas[42], a pesar de haber sido el primer impulsor de la política de *«sfondamento a sinistra»,* pero ahora crítico con el gobierno Moro y empeñado en resituar a la DC en el centro[43].

En realidad, pese a su aparente voluntarismo, la diplomacia española mantuvo una posición expectante ante la disyuntiva planteada en la compleja política italiana de los primeros años sesenta. Por un lado, sostuvo la posibilidad de que la DC formara un bloque de derechas que incluyera a los monárquicos y al MSI, una alternativa «quemada» definitivamente con el fracaso del gobierno Tambroni en 1960, que tuvo el efecto contrario de despejar el camino

---

[40] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 6 de octubre de 1960, AMAE, R. 29.801.

[41] Anton CANELLAS: «La actividad política de la embajada española en Italia (1962-1968)», *Nuova Rivista Storica,* año XCV (mayo-agosto de 2011), pp. 547-566.

[42] En 1953 se había publicado en Rialp su obra en contra de las tesis weberianas, *Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo.*

[43] Agostino GIOVAGNOLI: *Il partito italiano. La Democrazia Cristiana dal 1942 al 1994,* Roma-Bari, Laterza, 1996, pp. 85-115.

para una solución de centro-izquierda[44]. En esa estrategia debe situarse el apoyo financiero del Ministerio de Asuntos Exteriores español al MSI, sostenido aunque limitado, entregando varios millones de pesetas para sus gastos electorales y sus periódicos, convertidos en portavoces de la causa franquista con los abundantes materiales que les enviaba la embajada[45]. Así como sus simpatías, pero también sus cautelas, hacia las amenazas de intervención en la política por parte del ejército, como la que tuvo al general De Lorenzo de protagonista, o hacia los proyectos de rectificación del sistema parlamentario con la V República francesa como modelo[46].

También siguió de cerca los movimientos a favor de una escisión a la derecha de los sectores de la DC contrarios al gobierno de centro-izquierda, para formar un segundo partido católico. Una posibilidad que evitó, paradójicamente, el apartamiento de Fanfani de la dirección del partido y la reconstrucción de la unidad en torno a Moro, mediando en ese sentido una decisiva intervención del Vaticano[47]. La diplomacia española era la primera en ser consciente de los peligros de una división del mundo católico italiano, aunque en este caso la unidad fuera en contra de sus propios intereses.

El resultado fue una política exterior titubeante y a la defensiva, ocupada sobre todo en contrarrestar las manifestaciones de antifranquismo, utilizando para ello sus contactos en el Vaticano, el gobierno y la DC. Así, contra la «actitud anti-española de *Il Popolo*», y de su director y secretario del partido, Aldo Moro, solicitó en 1960 la intervención del ministro italiano de Asuntos Exteriores, Antonio Segni, ofreciéndole como moneda de cambio nada menos que el apoyo a Italia en la ONU por la cuestión del Alto Adige[48]. Porque, como escribía Doussinague, «la descarada campaña anties-

---

[44] Pietro Scoppola: *La repubblica dei partiti...,* p. 363.

[45] Entre otras, en las cartas de J. M. Doussinague a F. M. Castiella de 30 de mayo de 1962, y de A. Sánchez Bella a Franco de 3 de diciembre de 1962, a José Solís Ruiz de 16 de enero de 1963 y a Castiella de 14 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

[46] Agostino Giovagnoli: *Il partito italiano...,* pp. 95, 103 y 112-113; Pietro Scoppola: *La repubblica dei partiti...,* p. 373, y Paul Ginsborg: *Storia d'Italia...,* pp. 331-333.

[47] Agostino Giovagnoli: *Il partito italiano...,* pp. 98, 102 y 124-126.

[48] Así lo recogía *Lo Specchio,* 4 de diciembre de 1960, bien informado por la embajada española; F. M. Castiella a J. M. Doussinague, Madrid, 5 de diciembre de 1960, AMAE, R. 29.801.

pañola de *Il Giorno* y de *Il Popolo,* los dos portavoces de Fanfani, nos dejan las manos libres para no andar con muchos remilgos en relación con la democracia cristiana mientras esté vencida hacia la Izquierda [*sic*]»[49].

También recurrió a la amenaza de los importantes intereses económicos italianos en España, de manera semejante a como se hizo con Alemania[50]. En abril de 1961, Doussinague, todavía embajador ante el Quirinale, mantuvo largas conversaciones con directivos de varias empresas, entre ellas *Fiat, Snia-Viscosa, Olivetti, Pirelli, Isotta, Vespa, Lambretta, Guzzi, Martini, Cinzano, Adriática de Seguros, Assicurazioni Generali, Marelli* o *Gaggia*. Como escribía al ministro, «habiendo pues fracasado los intentos de influir directamente sobre la prensa italiana he pasado a solicitar ayuda de estas Empresas para que a su vez actúen con toda su influencia en el sentido de cortar campañas anti-españolas»[51]. La presión podía ser eficaz considerando las pérdidas de la mayor parte de la prensa italiana y, en consecuencia, su dependencia de los grandes grupos industriales o de los partidos políticos. De ahí que se negociara con la *Fiat* sobre *La Stampa* de Turín, «uno de los periódicos que más se ha distinguido por sus ataques contra España y —escribía Sánchez Bella— si ustedes quieren seguir operando en Barcelona y Zaragoza, no van a tener más remedio que intervenir cerca de los redactores de ese periódico»[52]. Ante la preocupación por tales amenazas del presidente de la República, el conservador Antonio Segni, el vicepresidente del gobierno, el socialista Pietro Nenni, quien había combatido en España con las Brigadas Internacionales, escribió en su diario:

«Mi ha parlato della Spagna e del rischio di rapppresaglie che potrebbero colpire interessi vitali di alcune industrie. Gli ho risposto che ci sono problemi morali di fronte ai quali non si può deffletere. Se alcune indus-

[49] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 30 de mayo de 1962, AMAE, R. 29.801.

[50] Ana Del Hoyo Barbolla: «Las relaciones entre España y la CEE (1964-1967): un acercamiento con recelo producto de la necesidad mutua», *Ayer,* 58 (2005), pp. 253-276.

[51] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 10 de abril de 1961, AMAE, R. 29.801.

[52] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 22 de abril de 1964, AMAE, 29.802.

trie sono andate in Spagna contando sui bassi salari imposti da Franco, tanto peggio per loro»[53].

Grimau, 1963: una guerra de propaganda

Si hubo un caso que dejó en evidencia esa división del mundo católico y ese proceso irreversible en la deslegitimación internacional del franquismo fue la ejecución del dirigente comunista Julián Grimau y su enorme repercusión en la opinión pública mundial. En torno a su detención, torturas y ulterior fusilamiento el 20 de abril de 1963 se desarrolló una verdadera guerra de propaganda, durante la cual el régimen empleó todos sus recursos para afrontar no sólo la campaña que, esta vez sí, el PCE organizó a conciencia con el apoyo de sus contactos internacionales, sino también el impacto negativo que esos hechos tuvieron en el mundo católico. Sánchez Bella escribía al ministro Castiella cinco días después del fusilamiento:

> «Nos han metido "un gol" como una casa con el desdichado asunto de Grimau [...] Aquí en Italia, pura y simplemente, no se entiende, absolutamente por nadie: de arriba abajo, creo que desde Su Santidad en adelante: es un síntoma evidente de la gravedad que está atravesando la Iglesia católica, de la confusión mental que se padece, de los devastadores efectos que está causando la táctica de la coexistencia pacífica y la mano tendida; la caridad a cualquier precio y la fraternidad con el enemigo; pero esto es así y no tenemos más remedio que constatarlo»[54].

El embajador constataba que la «actitud de nuestros amigos es de consternación» porque, en su opinión, había faltado una «campaña psicológica previa, que debía haber preparado el ambiente, haciendo saber a la opinión pública mundial la razón y la legitimidad de nuestra postura». Para responder a los ataques Sánchez Bella pedía «munición ideológica» en forma de relato de los crímenes, «reportajes de las víctimas que sufrieron las torturas, escri-

[53] 9 de junio de 1964, en Pietro Nenni: *Gli anni del centro sinistra. Diari, 1957-1966,* Milán, SugarCo, 1982, p. 364.

[54] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 25 de abril de 1963, AMAE, R. 29.801.

tos con amenidad [*sic*]», fotografías de los asesinados «sin olvidar las mujeres y los niños, si es que existieron», documentales para la televisión y un «libro blanco» para entregar a políticos, gobernantes, periódicos o agencias con «abrumadores datos». También había que evitar que «se presenten zonas de discrepancia en el frente interior y tratar de abortarlas por todos los medios», con especial atención a los «manifiestos de los intelectuales», y «tocar a rebato», mediante una gran manifestación como la que se había realizado casi veinte años antes contra la condena de la ONU o «un plebiscito-referéndum, a plazo corto, para sancionar la Constitución, o lo que sea, pero que en realidad sea un plebiscito de confianza al Jefe del Estado». Todo ello, por supuesto, «exponiendo las razones de nuestra Guerra, las razones de nuestra posición, los hechos que justifican el que apliquemos la ley de guerra a los que la guerra nos hacen»[55].

El problema para el embajador ante el Quirinale no eran ya las manifestaciones convocadas ante la embajada, ni la manera de informar «arbitraria y tendenciosamente» de los periódicos comunistas como *L'Unità* o *Il Paese Sera*[56], reproduciendo entrevistas a la viuda de Grimau o artículos del gurú intelectual de la izquierda europea, Jean P. Sartre[57]. Ni siquiera los manifiestos de intelectuales tan prestigiosos como Dessí, Levi, Moravia o Pratolini, o las declaraciones públicas de importantes políticos comunistas o socialistas. De todos aquellos ataques, los que más le habían impresionado, «por apasionados e injustos, han sido los procedentes de la Prensa católica». Entre los cuales había algunos que se oponían por principio a la pena de muerte como «resultado de la fuerte influencia protestante que hoy padecen los católicos de izquierda», mientras que otros la condenaban por razones de oportunidad o como un

[55] *Ibid.*

[56] *Ibid.*

[57] Entre otros, *Avanti:* «Salvare Grimau. I franchisti meditano di assassinare il patriota antifranchista» (13 de abril de 1963); *L'Unità*: «Salvate la vita di Grimau» (14 de abril de 1963); «La protesta del mondo civile fermi la mano del boia Franco. Grimau a morte» (19 de abril de 1963), y «L'Alleanza Atlantica puntelo del regime fascista di Franco» (22 de abril de abril de 1963); *Tempo*: «Basta con l'appoggio italiano a Franco» (23 de abril de 1963); o *Paese Sera*: «Ferocia fascista» (19 de abril de 1963), «Orrore in tutto il mondo civile per il nuovo crimine di Franco» (20 de abril de 1963) o «L'assassinio di Julián Grimau. La dittatura di Franco sotto accusa» (22 de abril de 1963).

error político. Al embajador le parecía «indudable que las lamentaciones y las críticas de los democristianos y, en general, de los católicos influyen sobre la opinión pública mucho más poderosamente que las manifestaciones callejeras y los artículos de la prensa comunista y nuestra reacción frente a aquellas tiene que ser mucho más sólida y documentada»[58].

De esas críticas envió a Madrid numerosos ejemplos. Así, el secretario del *Ufficio Stampa* del Concilio, monseñor Vailant, había distribuido material a unos 150 periódicos de carácter diocesano, donde «han aparecido las más duras invectivas, no ya contra el Régimen español, sino contra los católicos españoles». En el semanario oficial de la DC, *La Discussione,* Angelo Narducci «ataca con gran virulencia a la Justicia de nuestro Estado por la condena de Grimau y llega a afirmar que el Generalísimo Franco tendrá que rendir cuentas ante Dios de este derramamiento de sangre»[59]. Lo que las autoridades franquistas percibían como una alienación de amplios sectores católicos llegaba hasta el punto de «que mientras los órganos comunistas y socialistas atacan al Régimen pero se muestran respetuosos con el pueblo español, la ferocidad antiespañola de los elementos más activos de la Acción Católica Italiana (como la de ciertos sectores del capitalismo milanés) no conoce esta limitación y deja traslucir un odio intrínseco y sistemático hacia todo lo español»[60]. Algunas críticas fueron especialmente dolorosas, como las aparecidas en *L'Italia,* portavoz del cardenal Montini, o en *Il Popolo,* donde las juventudes democristianas hacían un llamamiento a la clemencia:

> «Crediamo indegno di questo tempo e anche della vostra nazione dimenticare che la vita è dono di Dio [...] Nel nome della nostra fede, nel nome della stessa giustizia terrena vi chiediamo di revocare la condanna»[61].

Por su parte, la prensa de la derecha monárquica y «misina», como hemos visto con la ayuda de las autoridades franquistas, des-

---

[58] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 30 de abril de 1963, AMAE, R. 7220.

[59] *Ibid.*

[60] A. Elías a F. M. Castiella, Roma, 16 de diciembre de 1965, AMAE, R. 29.813.

[61] «Le reazioni in Italia alla condanna di Grimau», *Il Popolo,* 20 de abril de 1963.

cribía pormenorizadamente los supuestos crímenes de Grimau, atacaba a la prensa de izquierda por utilizar un doble rasero a la hora de enjuiciar los regímenes comunistas y comparaba con los juicios de Nuremberg, con la ejecución de Bastien Thiery, oficial francés de la OAS, o con el «caso Eichmann»[62]. En cuanto al clero vaticano, el cardenal Antoniutti había acudido a la embajada para manifestar su solidaridad con el régimen español y su indignación por el modo de proceder de los católicos italianos y, según Sánchez Bella, sólo reprochaba a los españoles el haber actuado «con torpeza, con falta de diplomacia y errores de propaganda», sosteniendo que «hubiera sido más hábil imitar en el caso de Julián Grimau lo hecho por los judíos con Eichmann», es decir, «desenmascarándolo en un proceso sensacional al que hubieran acudido periodistas y abogados de todo el mundo»[63].

La diplomacia española movilizó todos sus contactos eclesiásticos, empezando por monseñor Dell'Acqua, para censurar la Radio Vaticana, llamar al orden al obispo de Livorno, que pretendía celebrar una misa por Grimau, o evitar cualquier remota posibilidad de que se hicieran realidad los rumores sobre una intercesión papal por la suerte del condenado[64]. La agencia católica de noticias ASSI envió a los miles de párrocos y obispos italianos más de cuarenta mil copias del folleto *Julián Grimau, especialista en chekas,* preparado por la Oficina de Información Diplomática (OID) del Ministerio de Asuntos Exteriores español, donde se defendía la licitud de la pena de muerte según la doctrina cristiana «cuando viene ejercida por el poder legítimo» y la ausencia de arrepentimiento del reo, reafirmándose en su posición «atea y materialista»[65].

---

[62] Entre otros *Il Tempo:* «I fabbricanti di cadaveri» (21 de abril de 1963); *Il Quotidiano:* «Un "curriculum" pieno di atroci delitti. I misfatti di Grimau, "eroe" dei comunisti» (18 de abril de 1963) y «Reazioni in Spagna alla campagna comunista» (23 de abril de 1963); *Il Secolo d'Italia:* «La pena di morte al seviziatore Grimau» (19 de abril de 1963), «I boia rossi piangono» (23 de abril de1963) o «I "rossi" con la lacrima» (24 de abril de 1963).

[63] Cartas de J. M. Doussinague, 26 de abril de 1963, y Sánchez Bella, 1 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801, y Emilio Garrigues, 16 de abril de 1964, AMAE, R. 29.812.

[64] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 20 y 24 de abril, y 8 y 15 de mayo de 1963, y Nota Verbal a la Secretaría de Estado de Su Santidad de 11 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.812.

[65] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 15 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

Otra iniciativa fue la llevada a cabo con las órdenes religiosas, para «crear dentro de cada Orden Religiosa un movimiento activo de defensa de España» y utilizar su presencia en todo el mundo[66]. Sólo los benedictinos, por influencia de los franceses, se habían mostrado reacios, mientras que la Compañía de Jesús, pese a la importante minoría vasca, parecía estar «al lado del General Franco»[67]. Por otra parte, al embajador Sánchez Bella le constaba por su hermano Florencio, consiliario general en España del Opus Dei, que monseñor Escrivá de Balaguer había dado «instrucciones precisas para movilizar todas las energías de la organización» en defensa de las tesis del gobierno español[68]. El mayor éxito de la embajada española ante la Santa Sede fue conseguir que la Secretaría de Estado y el propio papa remitieran instrucciones secretas sobre España a sus nuncios repartidos por todo el mundo. Doussinague no podía esconder su satisfacción por «este extraordinario resultado», y rogaba que se extremara la reserva y debida cautela con una información que, de hacerse pública, podía provocar un grave daño a la imagen de la misma Santa Sede[69].

La muerte tenía un precio

El régimen franquista, por tanto, afrontó con habilidad, importantes medios y valiosos apoyos la reacción internacional a una decisión que, desde el primer momento, había preocupado dentro del propio Consejo de Ministros por sus previsibles consecuencias[70]. El Ministerio de Información y Turismo proporcionó abundante material para publicar en los medios afines de todo el mundo, en parte recogido en el volumen titulado *¿Crimen o castigo? Documentos*

[66] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 14 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.812.

[67] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 8 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.812.

[68] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 1 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

[69] J. M. Doussinague a F. M. Castiella, Roma, 3 y 7 de octubre de 1963, AMAE, R. 29.812.

[70] Véanse Amandino Rodríguez Armada y José A. Novais: *¿Quién mató a Julián Grimau?,* Madrid, Ediciones 99, 1976, y Pedro Carvajal: *Julián Grimau: el último muerto de la Guerra Civil,* Madrid, Aguilar, 2003.

inéditos sobre Julián Grimau García, del que se hicieron versiones en inglés, francés y alemán[71], o en publicaciones sin pie editorial como *Julián Grimau o el arte de fabricar víctimas* o *Julián Grimau, especialista en chekas*.

Era cierto, al menos por esta vez, que los partidos y sindicatos comunistas europeos estaban organizando una intensa campaña de movilización, para la cual el Partido Comunista Italiano (PCI) puso sus considerables recursos a disposición. Uno de los últimos servicios de Jorge Semprún al PCE fue recoger muchas de las noticias sobre la protesta internacional en un dosier publicado bajo el título *Julián Grimau. El hombre, el crimen, la protesta*[72]. Pero las autoridades españolas, al plantear su acción sólo en términos de contrapropaganda frente a una supuesta campaña comunista, se vieron desbordadas por la variedad, espontaneidad y dispersión de las movilizaciones.

Para la diplomacia franquista había que prestar una atención especial a los intelectuales, vistos como los eternos enemigos del régimen desde un inveterado discurso antiintelectualista. Se vigilaron sus actividades explícitamente políticas o de solidaridad, caso del Comitato Pro Libertà del Popolo Spagnolo, creado por el escritor Giancarlo Vigorelli, o del Comitato per la Spagna Democratica, fundado en junio de 1965 por personalidades tan conocidas como Ignazio Silone, Nicola Chiaromonte, Paolo Vittorelli, Bruno Zevi o Aldo Garosci, autor de *Gli intellettuali e la guerra di Spagna,* cuya primera acción fue difundir un manifiesto contra la expulsión de varios catedráticos de la universidad española. Pero también estuvieron bajo vigilancia las actividades puramente culturales, ya que, según las autoridades franquistas, los intelectuales actuaban de manera subrepticia a través del cine, la literatura o incluso las bellas artes, campo en el que «los marxistas muestran gran actividad»[73].

Es conocido el caso de la película *El Verdugo,* de Luis García Berlanga, presentada al festival de Venecia en el verano de 1963 y que suponía una denuncia, por más que indirecta, de la pena de

---

[71] *Crime or punishment? Unpublished documents about Julian Grimau García*; *Crime ou châtiment? Documents inédits sur Julian Grimau García*; *Misdaad of Bestraffing? Niet gepubliceerde documenten betreffende Julian Grimau García,* Madrid, SIE, Apdo. 19.101.

[72] *Julián Grimau. El hombre, el crimen, la protesta,* París, Éditions Sociales, 1963.

[73] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 8 de julio de 1964, AMAE, R. 29.803.

muerte. Sánchez Bella reaccionó de forma desaforada al verla, definiéndola como «uno de los más impresionantes libelos que jamás se han hecho contra España» y acusándola de ofrecer una visión caricaturesca de la realidad española:

> «Antes invocaban la miseria y la pobreza del pueblo español pero como esto cada vez va siendo menos verdad y los millones de turistas se encargan de divulgar la falsedad de tal propaganda, todo ha quedado reducido y concentrado en esta acusación de brutal crueldad del Régimen español contra sus enemigos políticos»[74].

El turismo pasó a cumplir en este sentido una función primordial como medio de propaganda para el «conocimiento de nuestra auténtica realidad» en el mundo[75]. De ahí que provocaran especial alarma campañas como la desarrollada en mayo de 1963, en medio de las protestas por el asesinato de Grimau, para convocar un concurso de carteles contra la afluencia de turistas a España, campañas políticas detrás de las cuales las autoridades franquistas adivinaban oscuros intereses económicos del capitalismo italiano preocupado por la creciente competencia española[76]. Ante un Fraga preocupado por dichas campañas, Sánchez Bella admitía que «el tema Grimau nos ha hecho en este país un daño inmenso»[77].

En ese clima, las movilizaciones internacionales en respuesta a otras posibles condenas a muerte lograron sus objetivos, como ocurrió en 1964 con Andrés Ruiz Márquez, miembro del Frente Español de Liberación Nacional (FELN) acusado de colocar varios explosivos, o en 1965 con el dirigente comunista Justo López de la Fuente, a quien el fiscal militar acusaba de varios delitos cometidos durante la Guerra Civil. Con motivo de este último asunto Sánchez Bella se dirigió al ministro Castiella muy preocupado por los efectos adversos que podía tener «una nueva terrible campaña exterior, que resultaría sumamente inconveniente para las negocia-

---

[74] Informe «Muy Reservado» de A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 30 de agosto de 1963, AMAE, R. 29.801. Véase Esteve Riambau: *Ricardo Muñoz Suay. Una vida en sombras. Biografía,* Barcelona, Tusquets, 2007, pp. 401 y ss.

[75] Véase Sasha D. Pack: *La invasión pacífica. Los turistas y la España de Franco,* Madrid, Turner, 2009.

[76] M. Fraga a F. M. Castiella, Madrid, 9 de mayo de 1963, AMAE, R. 8607.

[77] A. Sánchez Bella a M. Fraga, Roma, 14 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801.

ciones que tenemos en curso con el Mercado Común», y avisaba de que «hay que estar prevenidos para que, ¡¡¡por favor!!!, no se repita el proceso Grimau». El embajador hacía toda una declaración de pragmatismo:

> «Para un hombre como yo que ha estado todo el tiempo de nuestra guerra en el Madrid rojo y que ha vivido las horas que yo he vivido en la Falange clandestina, la sensibilidad y la conciencia respecto de los crímenes cometidos por los rojos y sobre todo por los comunistas durante esa época son vivísimas. Pero se trata de la política y sobre todo de la política exterior»[78].

El fusilamiento de Grimau ponía en peligro la nueva imagen de normalidad que el régimen español trataba de ofrecer al mundo, y acabó por arrojar un saldo muy negativo para la legitimidad de la dictadura. La ejecución mediante garrote vil de los anarquistas Joaquín Delgado y Francisco Granados sólo cuatro meses después, en agosto de 1963, provocaría una nueva oleada de reacciones en Italia y en todo el mundo, aunque esta vez con un menor alcance.

Conclusión: una normalidad imposible

Los retos a la legitimidad de la dictadura fuera de España tenían dos procedencias diferenciadas, o al menos así lo percibían las autoridades franquistas. Por un lado, los «enemigos» de siempre: republicanos, socialistas, comunistas o anarquistas exiliados, cada vez más relacionados con el interior y con buenos contactos en el exterior, englobados bajo la etiqueta «comunista», aunque resultara difícil de creer que toda esa multiplicidad de actividades antifranquistas estuviera dirigida desde Moscú. Por otro lado, la disidencia de los que habían estado de su parte desde la guerra, en particular de los católicos que parecían ser víctimas también de una tenaz «influencia comunista», sobre todo entre los jóvenes de las organizaciones seglares y del propio clero. Un fenómeno inédito al que el régimen intentaría poner coto en la colaboración con la jerarquía eclesiástica.

[78] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 2 y 17 de febrero de 1965, AMAE, R. 29.182.

Si los sólidos apoyos de los primeros entre las organizaciones políticas, sindicales y culturales de izquierda llegaron a suponer un reto extenuante para el franquismo en los años sesenta y primeros setenta, eran los segundos los que más le preocupaban, pues su creciente división ponía en peligro la base fundamental de legitimidad del Estado confesional. Europa fue el escenario principal de esa lucha a lo largo de los años sesenta, e Italia acabó convirtiéndose en su epicentro por la presencia de la Santa Sede, por la importancia de la democracia cristiana, eje de los sucesivos gobiernos desde la posguerra, y por los crecientes intereses económicos y comerciales italianos en España.

Lo más relevante del «caso Grimau» es que dejó en evidencia la contradicción que existía entre una visión conspirativa de naturaleza anticomunista y la constatación de la pérdida de apoyos dentro de la opinión pública y la clase política católica, que las mismas fuentes franquistas ponían en relación con el proceso de *aggiornamento* conciliar y la evolución de la DC italiana. A pesar de su radicada mentalidad de asedio, la diplomacia franquista vivió en primera persona las consecuencias de algunas medidas adoptadas por el gobierno español y por eso apremió para evitar las más extremas o contraproducentes para su imagen exterior. En ese sentido, el «caso Grimau» determinó tres importantes cambios de tendencia.

En primer lugar, convenció al ministro Castiella de que era necesario desarrollar una acción más autónoma respecto a la disidencia católica en colaboración con las jerarquías eclesiásticas, tanto dentro como fuera de España, afrontando algunos de los desafíos planteados por el Concilio Vaticano II. Sería el caso de la ley de libertad religiosa, aunque tales respuestas no harían sino acentuar al final las divisiones dentro de la Iglesia y del propio bloque de poder franquista, acelerando su crisis[79].

En segundo lugar, llevaría al régimen a adoptar una estrategia más cuidadosa en lo que se refiere al uso de la violencia, lo que se reflejaría durante la década de los sesenta en una represión más selectiva y menos ejemplarizante que evitara en lo posible nuevos es-

[79] Véanse Feliciano MONTERO: *La Iglesia: de la colaboración a la disidencia (1956-1975),* Madrid, Ediciones Encuentro, 2009, y Pablo MARTÍN DE SANTA OLALLA: *La Iglesia que se enfrentó a Franco: Pablo VI, la Conferencia Episcopal y el Concordato de 1953,* Madrid, Dilex, 2005.

cándalos internacionales[80]. Que el asesinato de Grimau suspendiera temporalmente el desarrollo de una jurisdicción de orden público prevista por la ley de 1959[81] no es óbice para que la forma y el contenido de su plasmación legal con la creación del Tribunal de Orden Público (TOP) en diciembre de 1963 tuviera mucho que ver con las protestas internacionales motivadas por ese y otros hechos, como la represión de las huelgas mineras, la reunión europeísta de Múnich, el informe de la Comisión Internacional de Juristas o la ejecución de los anarquistas Delgado y Granados.

La tercera tendencia que no comenzó, pero sí recibió un decisivo impulso tras el «caso Grimau», fue la de poner en un segundo plano, aun sin renunciar a ella, la legitimidad de origen del régimen basada en la victoria en la guerra. El embajador Sánchez Bella escribía entonces que «mientras la lección de la guerra permanezca viva, mientras los principios del Alzamiento Nacional se mantengan intangibles, ningún peligro grave podrá amenazarnos»[82]. Sin embargo, si Julián Grimau fue «el último muerto de la guerra civil», su muerte supuso también una de las últimas ocasiones en que la dictadura se apoyó de forma predominante para defender su causa en la instrumentalización del «terror rojo».

La repercusión internacional del caso y sus graves consecuencias para el régimen franquista, en particular para sus aspiraciones de integración europea, dieron en cambio un impulso definitivo al desarrollo de una legitimación de ejercicio basada en las realizaciones de lo que pronto, en una famosa campaña organizada por el Ministerio de Información y Turismo, se llamarían los «25 años de paz». Para ello se envió a los periódicos numerosa información sobre los logros económicos del régimen o se editaron revistas en varios idiomas que daban una imagen moderna, tranquila y alegre de España, entre nuevas industrias, paradores nacionales y bailes folclóricos.

El franquismo conservó los resortes fundamentales del poder, en primer lugar el ejército y las fuerzas policiales, así como los pro-

---

[80] Al menos hasta el decreto-ley de agosto de 1968 regulando «los delitos de bandidaje y terrorismo», Manuel Ballbé: *Orden público y militarismo en la España constitucional (1812-1983),* Madrid, Alianza Editorial, 1983.

[81] Juan J. Del Águila: *El TOP. La represión de la libertad (1963-1977),* Barcelona, Planeta, 2001.

[82] A. Sánchez Bella a F. M. Castiella, Roma, 15 de mayo de 1963, AMAE, R. 29.801. Véase Paloma Aguilar: *Memoria y olvido de la guerra civil española,* Madrid, Alianza Editorial, 1996.

pios de la diplomacia política, económica y cultural. Los supo utilizar a fondo aprovechando el nuevo escenario de la guerra fría, las oportunidades abiertas con el desarrollo económico y la solidaridad ideológica de los sectores conservadores y católicos europeos y americanos. Cuando hizo falta recurrió al dinero para asegurarse la fidelidad de algunos medios de comunicación u organizaciones políticas, al uso de información reservada e, incluso, a los chantajes y la amenaza de represalias comerciales. Pero ni con todo ese poder ni con esos medios pudo contrarrestar el prestigio intelectual del exilio y del nuevo antifranquismo, ni la legitimidad que les daba su lucha en nombre de la democracia, el Estado de Derecho y los valores que se habían impuesto en el mundo occidental de la posguerra. El déficit de legitimidad de la dictadura no se acentuó durante esos años dentro de España, todo lo contrario, pero sí se hizo más visible por culpa tanto de sus propios errores como del permanente desafío del antifranquismo en la opinión pública y las organizaciones internacionales.

91

ayer

ISBN: 978-84-92820-99-3